

## SEGUNDA PARTE.

**P**Ara instruiros en orden á la disposicion, con que debeis oír la divina palabra, basta el proponeros, qual sea su autoridad y su fin. Su autoridad, que es divina, os pide una disposicion de respeto y docilidad. Su fin, que es la conversion de los corazones, una disposicion fiel, que solamente busque en ella luces para salir de sus errores, y remedios para curar sus males.

Digo primeramente que su autoridad es divina: Y así, Católicos, la palabra que os anunciamos no es nuestra, sino del Señor que nos envía. Desde que nos colocó en el santo ministerio por medio de una vocacion legítima, quiere que nos mireis como á Embaxadores suyos que os hablan de su parte, y que no hacen mas que ofrecer su debil voz á su divina palabra. Es verdad que nosotros conservamos este tesoro en vasos de barro; pero por eso nada pierde de su magestad: Somos semejantes á aquellos vasos de tierra de que se sirvió Gedeón en otro tiempo contra los enemigos del Señor; el sonido podrá ser vil y despreciable; pero la verdad, aquella luz divina que Dios ha puesto en nosotros, no por eso dexa de haber baxado del cielo, destinada como las lámparas de Gedeón á atemorizar hoy tambien á las almas fieles.

Debeis, pues, manifestar primeramente una piadosa docilidad á la autoridad de esta divina palabra, y oírla como discípulos, y no como jueces. Las reglas del culto y de la devocion que os proponemos, son las decisiones del Evangelio, las leyes de la Iglesia, y las máximas de los Santos. No venimos á proponeros aqui nuestras opiniones, nuestras preocupaciones, ni nuestros discursos. Esta Cátedra no es para disputar, sino para anunciar la verdad. En la Cátedra de la paz y  
de

de la unidad no se debe proponer cosa alguna que admita contradiccion. Nosotros hablamos aqui en nombre de la Iglesia; y en este punto no somos mas que intérpretes de su fé y de su doctrina.

No obstante, ¡quántos hombres que se tienen por sábios, y se precian de su capacidad y talento, vienen aqui con un animo dispuesto á no dexarse sorprender de los terrores de la divina palabra! No se precian, como los pecadores de que hemos hablado, de ser insensibles á la verdad, pero miran nuestro ministerio como un arte lleno de exágeraciones é hiperboles. Los mas santos movimientos de zelo no son para ellos mas que unas frases estudiadas de un humano artificio; las mas terribles amenazas, ímpetus de una vana eloqüencia; las máximas mas indefectibles, discursos en que tiene mas parte la costumbre que la verdad; las sentencias mas propias para aterrar las conciencias, modos de hablar que cada uno puede mitigar libremente. Este, Católicos, es el deplorable estado de la mayor parte de los que aqui asistís. Continuamente oponéis en vuestro interior á las verdades que anunciamos las máximas y preocupaciones del mundo que las contradicen: sois ingeniosos para debilitar en vuestro interior, con especiosas razones, lo que llamais exceso en nuestras máximas: venís aqui á impugnar la verdad, y no á ceder á su fuerza y á su luz; parece que no venís mas que á disputar con Dios, á debilitar la eterna inmutabilidad de su palabra, á defender la mentira contra los intereses de la verdad, y á ser secretos Apologistas del mundo y de las pasiones en el mismo santo lugar destinado á condenarlas y combatirlas. ¡Ah! Permitid á lo menos que esta verdad triunfe en su templo. No la disputeis esta corta victoria, pues tantas veces ha triunfado de todo el universo: Oprimidla en hora buena en el mundo, en aquellas asambleas de vanidad que junta el error, y en las que el error  
pre-

preside: ¿No os basta haberla desterrado del mundo, y que no se atreva á parecer en él sin exponerse á las burlas y censuras? Dexadnos á lo menos el triste consuelo de publicarla á vista de estos altares que ella ha levantado, y que á lo menos deben servirla de asilo.

Nos acusáis de que exágeramos; ¡oh gran Dios! y Vos nos juzgareis acaso algun día de que hemos debilitado la fuerza y la virtud de vuestra palabra por no haberla meditado suficientemente al pie de los altares, y acaso tambien de haber acomodado la santa severidad de nuestro Evangelio á las condescendencias y mitigaciones de nuestro siglo! ¿Y acaso algun día nos pondreis entre los obreros de iniquidad, porque la tibieza y negligencia de nuestras costumbres habrá quitado á la palabra que anunciamos aquel terror, y aquella vehemencia divina, que no se puede hallar sino en una boca consagrada con la piedad y la penitencia!

¿Y qué? ¿Os parece, Católicos, que las eternas verdades que nos propuso Jesu-Christo, no son suficientes para asustar las conciencias, sin que el entendimiento del hombre las añada terrores extraños? ¿Exágeraria San Pablo quando aquel Gobernador Romano, á pesar de la soberbia de una falsa sabiduría, y de las preocupaciones de un culto idólatra, temblaba, como dice San Lucas, oyendole hablar de la justicia, de la castidad, y del terrible espectáculo del juicio venidero? ¿Exágeraria San Pablo, quando los habitantes de las ciudades venian hiriendo sus pechos, deshaciendose en lágrimas á sus pies, y llevando á las plazas públicas los libros lascivos, ó impíos, y los demás instrumentos de sus pasiones para sacrificarlos al Señor?

Nos acusáis tambien de que añadimos nuevos terrores á las palabras del Evangelio: ¿Pero dónde están las conciencias que turbamos? ¿Dónde están los pecadores que asustamos? ¿Dónde las almas que atemorizadas al

salir de nuestros Sermones, van á esconderse en lo mas retirado de los desiertos, y á expiar con santos excesos de penitencia las disoluciones de sus pasadas costumbres? En los antiguos siglos se vieron muchos exemplares de estos; ¿pero en el nuestro se vé por ventura, alguno? ¡Ah! Ojalá pudierais convencerme de haber inspirado á una sola alma estos saludables temores, decia antiguamente San Ambrosio á algunos sábios mundanos de su tiempo, que le acusaban de que exágeraba los peligros y la corrupcion del mundo, y de que hacía que muchas doncellas Christianas tomasen el partido de la santa virginidad; y yo os lo puedo decir con mucha mas razón que aquel grande hombre: *Utinam convincerem!* ¡Ojalá me pudierais manifestar las resultas de una indiscrecion tan feliz! *Utinam tanti criminis probaretur effectus!* (a) ¡Ojalá tubierais algunos exemplares con que arguirme, para justificar vuestras censuras! *Utinam me exemplis potius argueretis, quam sermonibus cederitis!* ¡Ah! Yo sufriera con gusto la calumnia, si se me pudiera manifestar el suceso que se me reprehende: *Non vererer injuriam, si efficaciam recognoscerem.*

¡Ah! acaso nosotros condescendemos con vuestra flaqueza; acaso respetamos demasiado unas costumbres autorizadas con un largo uso, por temor de que no parezca que censuramos los grandes exemplos que las autorizan: casi no nos atrevemos á hablar de ciertos desordenes, porque no parezca que nuestras censuras se dirigen mas á las personas que á los vicios: nos contentamos con manifestaros de lexos unas verdades que debieramos poner muy cerca de vuestra vista; y aun vuestra salvacion padece muchas veces por el exceso de nuestras precauciones, y de nuestra tímida pru-

(a) *S. Ambros. de Virginit. lib. 1. c. 5.*  
Tomo III. S

dencia. ¿Qué mas diré? La flaqueza nos arranca muchas veces elogios, en donde el zelo debiera colocar anathemas y censuras. Nos dexamos deslumbrar, como el mundo, con los nombres y con los títulos: Lo que animó á los Ambrosios nos acobarda á nosotros: y muchas veces, porque debemos respetaros, os ocultamos la verdad, á la que debieramos respetar aun mas que á vosotros; ¡y con todo eso nos acusais de que exágeramos, de que ponderamos las verdades, y de que formamos fantasmas á nuestro modo para asustar á los que nos escuchan!

¿Pero qué utilidad sacariamos de un artificio tan indigno de la verdad que se nos ha confiado? Las declamaciones excesivas y pueriles podrian convenir á la eloqüencia venal de aquellos Sofistas, que en las Escuelas de Grecia procuraban atraer discipulos, ponderando la sabiduría de su secta; pero nosotros, Católicos, ¡Ah! nosotros quisieramos poder suavizaros el yugo, en vez de hacerosle mas pesado; quisieramos poder facilitaros el camino, y no poner en él nuevos obstáculos. ¡Ojalá pudieramos, como el Pastor del Evangelio, llevaros sobre nuestros hombros para escusaros las fatigas del camino! ¿Cómo habiamos nosotros de disgustaros de la empresa de la salvacion, representandoos en ella dificultades quiméricas, quando debemos allanaros las que efectivamente se hallan en ella, y daros la mano para sostener vuestra flaqueza?

Meditad la ley de Jesu-Christo, Católicos, ¿pero qué digo? No hagais mas que abrir el Evangelio, y leer. Entonces conoceréis que nosotros cubrimos con un velo de discrecion la severidad de sus máximas; entonces, lexos de quejaros de nuestros excesos, supliriais vosotros mismos nuestro silencio y nuestras mitigaciones, y os diriais lo que nosotros tememos deciros, porque no lo podreis sufrir. ¡Gran Dios! El compendio de vuestra santa ley se redu-

duce á llevar cada día su Cruz, á despreciar el mundo y todo quanto en él hay, á vivir como extrangeros en la tierra, á no estar unidos mas que á Vos solo, á negarse á todo lo que lisongea los sentidos, á negarse continuamente á sí mismos, á tener por felices á los que lloran y están afligidos. ¿Y qué podrá añadir el entendimiento humano al rigor de esta doctrina? ¿Qué cosa mas triste ni mas formidable podremos anunciar al amor propio? Luego vuestras reprehensiones no son mas que un vano language del mundo, y uno de aquellos modos de hablar que todos se apropian, y ninguno examina; vuestra conciencia le desmiente en lo interior, y quando hablais con sinceridad confesais que tenemos razon, y que el Evangelio es un Predicador mucho mas severo y mas terrible para el mundo y para los que le aman, que lo que podemos ser nosotros. Esta es la primera obligacion que pide de vosotros la autoridad de la divina palabra; un espíritu de docilidad.

En segundo lugar, debeis á la autoridad de esta divina palabra un espíritu de sinceridad y aplicacion á vosotros mismos; es decir, que debeis ser unos rigurosos censores de vuestras propias conciencias; que por una parte debeis tener continuamente presente el estado de vuestra alma, y por otra las verdades que os anunciamos: debeis gobernaros por esta regla, ilustraros con esta luz, juzgaros por esta ley, oír, como si solamente se dirigiesen á vosotros, las santas máximas que se predicán á todos, miraros como si estuvierais aqui solos en presencia de Jesu-Christo que habla á vosotros solos por nuestra boca, y que acaso nos envia aqui solamente para vosotros. Porque, Católicos, aqui ninguno recibe para sí la palabra que á él se dirige, y que le condena; ninguno cree que es interesado en ella; parece que nosotros nos formamos unas ideas voluntarias para impugnarla, y que la realidad del pecado contra quien dirigimos nuestros discursos, no se halla en parte alguna; el lascivo no

se reconoce ni aun en las mas vivas y mas semejantes imagenes de su pasion; el hombre que está cargado de bienes mal adquiridos, y acaso de la sangre y de los despojos de los pueblos, conviene con nosotros en condenar esta injusticia en los demás, y no vé que se está juzgando á sí mismo; el Cortesano poseído de la ambicion, y que todos los dias sacrifica á este idolo la conciencia y la probidad, confiesa la baxeza de esta pasion en sus semejantes, y la mira en sí, ó como virtud, ó como la principal ciencia de la Corte. Cada uno se mira siempre á sí mismo por aquellas circunstancias favorables que le impiden el que se conozca como es en sí; por mas que los señalemos con el dedo, por decirlo así, siempre hallan en sí mismos algunos coloridos agradables que mudan la semejanza, y dicen en su interior: Yo no soy aquel hombre; y al mismo tiempo que acaso el público nos está aplicando unas verdades tan parecidas, nosotros solos, ó no queremos conocernos en ellas, ó solo descubrimos en ellas los defectos de nuestros proximos; para nuestro retrato buscamos ideas estrañas; somos diestros para hacer que cayga sobre otros el golpe que la verdad solamente dirigia hácia nosotros; la malicia de las aplicaciones es el unico fruto que sacamos de la pintura que se hace en el púlpito de nuestros vicios, y juzgamos temerariamente á nuestros próximos en lo que debieramos juzgarnos á nosotros mismos. De este modo ¡oh Dios mio! los hombres perdidos abusan de todo, y la misma luz de la verdad cierra sus ojos á sus propios desordenes, y no los abre sino para ver en los demás, ó lo que no hay, ó lo que debiera ocultarlos.

Estas son las obligaciones que os pide la autoridad de la divina palabra: veamos ahora las que son inseparables de su fin. Bien sabeis, Católicos, que su fin es la conversion de los corazones, el establecimiento de la verdad, la destruccion del error y del pecado, y la santificacion del nombre de Jesu-Christo: en ella todo

es grande, todo magestuoso, todo digno del exercicio mas sublime de la gerarquía; y de aqui se infiere facilmente que debeis oírnos con un religioso respeto que no desprecie la sencillez de nuestros discursos, y con una disposición de fé que no busque en ellos cosa alguna humana, frívola, ni que no corresponda á la excelencia y dignidad de su fin.

Dixe, una disposición de religioso respeto que no desprecie la sencillez de nuestros discursos: porque por mas ilustrados que esteis, no debeis tomar motivo del talento que suponeis en vosotros para despreciar las instrucciones que dá la Iglesia á los fieles. Agustín, ya célebre en Milán por sus talentos y por su eloqüencia, no se desdenaba de asistir continuamente á las instrucciones públicas del Grande Ambrosio; la suave conmoción del espíritu os enseñará siempre aquí lo que acaso ignorais. Si teneis la ciencia que hincha, os confirmareis en la caridad que edifica; si vuestro entendimiento no aprende nada nuevo, acaso vuestro corazon sentirá aqui cosas nuevas; á lo menos aprendereis que es nada vuestra sabiduría si ignorais la ciencia de la salvacion; que no sois mas que una nube sin agua, aunque elevada por vuestros talentos y por la ciencia en que excedeis á los demás hombres, pero vacía de gracia, y juguete de los vientos y de las pasiones en la presencia de Dios; y finalmente, que una alma sencilla y pura lo aprenderá todo en un instante en el seno de Dios, y será transformada de claridad en claridad; al contrario vosotros, despues de una vida llena de vigiliias y trabajos, despues de un inutil conjunto de noticias y luces, no tendreis acaso mas premio que las tinieblas eternas.

¡Qué engaño es, Católicos, desterrarse de estos santos concursos con pretexto de saber bastante, y acaso tambien con el de estar suficientemente instruidos en las obligaciones de la piedad, de que tanto tiempo ha que hacemos profesion, y que con la leccion de libros Chris-

tianos, y un poco de reflexión en el retiro, se adelanta mas, y son mas utiles que todos nuestros discursos! Pero, amados oyentes míos, si haceis profesion de la piedad y de la justicia, ¿qué mayor consuelo podeis tener que el oír publicar las maravillas del Señor, los preceptos de su santa ley, y las verdades que amais, que practicais, y cuyo conocimiento debeis desear que se comuniqué á todos los hombres? ¿Qué espectáculo de mas consuelo para vosotros que el vér aquí juntos á vuestros hermanos á los pies del altar, oyendo atentamente la palabra de vida, apartados de los espectáculos del mundo y de las ocasiones del pecado, formando santos deseos, abriendo sus corazones á la voz de Dios, concibiendo acaso las primicias del Espiritu Santo, y los principios de su penitencia, y el poderos unir á ellos para alcanzar del Padre de las misericordias, que acabe de perfeccionar en su alma la saludable obra que en ella ha comenzado?

No quiero decir que la meditación de las divinas Escrituras no provea á la piedad Christiana de muchos consuelos: Pero el Señor une á la virtud de nuestro ministerio, y á la vocacion legítima, unas gracias que no hallareis en otra parte. Las mas sencillas verdades en boca de los Pastores, ó de los que os hablan en su lugar, sacan de la gracia de su mision una fuerza que no tendrían por sí solas, y el mismo libro de Isaías que leído en un carro por aquel Eunúco de la Reyna de Ethiopia era para él un libro cerrado que divertía su ociosidad, sin ilustrar su fé, explicado por San Felipe, se hizo inmediatamente para él una palabra de vida y de salud. Finalmente, sois deudores de este exemplo á vuestros hermanos, de esta edificacion á la Iglesia, de este respeto á la palabra de Jesu-Christo, de esta uniformidad al espiritu de paz y de unidad que á todos nos enlaza. Apartaos enhorabuena de aquellas concurrencias profanas y pecaminosas, en donde siempre gime la piedad,

dad, en donde siempre es estrangera y oprimida; pero este es su propio lugar, esta es la asamblea de los Santos, pues nuestro ministerio se instituyó y se continúa en la Iglesia para formarlos.

Dixe, en segundo lugar, un espiritu de su fé; y esta disposicion encierra en sí otras dos: un amor á la divina palabra, independientemente de los talentos del hombre que os la anuncia; y un gusto formado por la religion, que no viene á buscar aquí vanos adornos, sino las sólidas verdades de la salvacion; esto es, no oirlas ni con ánimo de censurar, ni con espiritu de curiosidad.

Y á la verdad, vuestro amor á la palabra de Jesu-Christo debe cegaros, por decirlo así, para que no veais los defectos de los que os la anuncian; os debe parecer hermosa, divina, digna de vuestros respetos aun en una boca rústica y grosera, baxo qualquiera color que os la presente, ya sea vestida de pomposos adornos, ya con sencillez y desnuda; con tal que conozcais en ella sus celestiales rasgos, siempre tiene los mismos derechos sobre vuestro corazon. ¿Acaso puede perder algo de su santidad por pasar por canales menos brillantes y ricos? Que el Señor hablase en otro tiempo desde una zarza vil y despreciable á la vista, ó desde una nube de gloria; que intimase sus oráculos en medio del desierto, y en un tabernáculo cubierto de pieles de animales, ó en el templo de Salomón, el mas magnífico que se levantó jamás á la gloria de su nombre; ¿perdía acaso su palabra algo de su dignidad? ¿Y mientras era el mismo Señor el que hablaba en todas partes, hacía en esto alguna distincion la fé de Israel?

Con todo eso, entre todos los que nos escuchan hay en el dia de hoy muy pocos que no se tengan por jueces y censores de la divina palabra. No vienen aquí mas que para decidir del mérito de los que la predicán; para hacer necias comparaciones; y para dar su voto sobre la diferencia de dias é instrucciones que les

les corresponden; se precian de que no todo les agrada; pasan sin cuidado por las verdades mas terribles, y que les harian mas al caso; y todo el fruto que sacan de un discurso christiano se reduce á haber reparado mas que otros en los defectos: De modo que á la mayor parte de nuestros oyentes se les puede aplicar lo que fingidamente decia Joseph á sus hermanos, quando ya era el salvador de Egypto: Vosotros no habeis venido aqui á buscar trigo y mantenimientos, sino como espías, á registrar los parages mas flacos de la Provincia: *Exploratores estis: ut videatis infirmiora terra venistis.* (a) Vosotros no venís á oírnos para sustentarnos con el pan de la divina palabra, y buscar socorros y remedios utiles á vuestros males, sino para observar adonde dirigir algunas vanas censuras, y hacer gala de nuestros defectos, los que acaso son para vosotros un terrible castigo de Dios, que os niega por vuestros delitos otros Ministros mas cabales que pudieran reducirlos á la penitencia: *Exploratores estis: ut videatis infirmiora terra venistis.*

Pero decidme con sinceridad, Católicos: por mas debil que sea nuestro estilo, ¿no decimos siempre lo bastante para confundiros, para disipar vuestros errores, y para haceros confesar en vuestro interior unos desordenes de que no os podreis justificar con vosotros mismos? ¿Se necesitan tan sublimes talentos para decirnos que los fornicarios, los avaros y los hombres sin misericordia nunca entrarán en el reyno de Dios? ¿Que si no haceis penitencia perereis? ¿Y que de nada sirve el ser dueño del mundo entero, si se pierde el alma? ¿La fuerza de todas estas divinas verdades no consiste en su misma sencillez? ¿Podrán ser menos terribles en la boca del Predicador menos conocido?

Por  
 (a) *Genes. 42. v. 9.*

Por otra parte, si fuera lícito alabarnos á nosotros mismos, como decia en otro tiempo el Apostol á los fieles ingratos que atendian mas á censurar la sencillez de su exterior y de su estilo, y su figura despreciable á los ojos de los hombres, como dice él mismo, que á compadecerse de las fatigas y de los infinitos peligros en que se habia visto por anunciaros el Evangelio y convertirnos á la fé; si fuera lícito os diriamos: Hermanos míos, nosotros sufrimos por vuestra causa todo el peso de un ministerio penoso; nuestros cuidados, nuestras viglias, nuestras oraciones, los infinitos trabajos que pasamos para venir á estas christianas Cátedras, no tienen mas objeto que vuestra salvacion: ¡Ah! ¿No hemos de merecer á lo menos que respeteis nuestras fatigas? ¿El zelo con que lo sufrimos todo por aseguraros la salvacion ha de ser el funesto motivo de vuestras burlas y censuras? Pedid á Dios en hora buena que para gloria de su Iglesia y honor de su Evangelio suscite á su pueblo obreros poderosos en palabras; unos hombres á quienes solamente la divina gracia haga eloqüentes, y que anuncien el Evangelio de un modo digno de su grandeza y santidad; pero si nosotros faltamos en esto, supla vuestra fé lo que falta á nuestros discursos: dé vuestra devocion á la verdad en vuestros corazones lo que pierde en nuestras bocas, y no obligueis á los Ministros del Evangelio con vuestras injustas displicencias á que para agradaros recurran á los vanos artificios de una eloqüencia humana, á lucir mas que á instruir, y á tener que ir á casa de los Filisteos, como antiguamente los Israelitas, para aguzar sus instrumentos destinados á cultivar la tierra; esto es, á buscar en las ciencias profanas, ó en el estilo de un mundo enemigo, adornos estraños para herosear la sencillez del Evangelio, y dar á los instrumentos y á los talentos destinados á hacer crecer y fructificar la santa semilla, un brillo y una sutileza que embota su fuerza y su virtud, y pone un falso resplandor en lugar del zelo

y de la verdad: *Descendebat ergo omnis Israël ad Philisthim; ut exacueret unusquisque vomerem suum, & ligonem.* (a)

Y este, Católicos, es el ultimo defecto, opuesto á este espíritu de fé; un espíritu de curiosidad. No distinguís como debeis la santa gravedad de nuestro ministerio, de aquel arte vano y frívolo, que no tiene mas fin que la colocacion de los discursos, y la gloria de la eloqüencia. Asistís á nuestros Sermones, como en otro tiempo San Agustin, quando aun era pecador, á los de S. Ambrosio: No asistía, dice este ilustre Penitente, por aprender allí de la boca del hombre de Dios los secretos de la vida eterna, que habia ya tanto tiempo que buscaba, ni para hallar allí remedio á las vergonzosas é inveteradas heridas de mi alma, las que solo vos conociais, ¡oh Dios mio! sino por exâminar si su eloqüencia correspondia á su fama, y sus discursos eran dignos de los aplausos que le daba todo su pueblo. Yo no me interesaba en las verdades que él predicaba, solamente me movia la hermosura y suavidad del discurso: *Rerum autem incuriosus, & contemptor adstabam, & delectabar suavitate sermonis.* (b)

Y este es tambien hoy el deplorable estado de muchos de los fieles que me oyen, los que cargados de culpas, como Agustino, atados como él con las mas vergonzosas pasiones, lejos de venir á buscar aqui remedios para sus males, vienen á buscar vanos adornos, que divierten á los enfermos sin curarlos, que hacen que nosotros gustemos al pecador, pero no que el pecador se disguste de sí mismo. Vienen, segun parece, á decirnos lo que en otro tiempo decian los habitadores de Babilonia á los Israelitas cautivos: Cantadnos los cánticos de

(a) 1. Reg. 13. v. 20.

(b) Conf. lib. 5. cap. 13.

de Sión: *Hymnum cantate nobis de canticis Sion.* (a) Vienen á buscar la armonía y el concierto en la verdades serias de la moral de Jesu-Christo, en los suspiros de la triste Sión estrangera y cautiva, y quieren que nosotros nos dediquemos á alhagar el oido, quando publicamos las terribles amenazas y máximas severas del Evangelio: *Hymnum cantate nobis de canticis Sion.*

O vosotros los que me escuchais, y á quienes se dirige este discurso, entrad dentro de vosotros mismos por un instante; vuestro estado ya es como deplorable á la vista de Dios; vuestras llagas inveteradas casi no dexan esperanza de remedio; vuestros males urgen; el tiempo es corto; Dios, cansado ya de sufriros, va por último á heriros y sorprehenderos. Estas son las eternas desgracias que os pronosticamos, y que suceden todos los dias á vuestros semejantes. Vosotros no estais lejos de su cumplimiento; nosotros os manifestamos la terrible espada del Señor que está sobre vuestra cabeza, dispuesta á caer sobre vosotros y lejos de atemorizaros por las conseqüencias de vuestra suerte, y de tomar las medidas para apartar de vosotros la espada que os amenaza, os divertís en exâminar si brilla y reluce; buscáis aun en los terrores de la predicacion las pueriles bellezas de una eloqüencia intempestiva. ¡Gran Dios! ¡Qué digno de burla y de desprecio parece el pecador quando se mira á vuestras luces!

Porque, Católicos, ¿acaso estamos aqui nosotros en un púlpito profano, para grangearnos con artificiosas palabras los votos de una asamblea ociosa, ó en la Cátedra christiana, y en lugar de Jesu Christo para instruiros, reprehenderos y santificaros en el nombre y en la presencia del que nos embía? ¿Es esto por ventura una disputa en que se interesa la fama, un exercicio de entendimiento y de ociosidad, ó el mas santo y mas impor-

(a) Psalm. 136. v. 3.

tante ministerio de la fé? ¡Ah! ¿Por qué venís á reparar en nuestros cortos talentos, y á buscar prendas humanas, en donde solo Dios es quien habla y obra? ¿No son algunas veces los instrumentos mas viles los mas propios para el poder de su gracia? ¿Quando él quiere no se arruinan los muros de Jericó al sonido de unsa débiles trompetas? ¿Qué nos importa el agradaros, si no os mudamos? ¿De qué nos sirve ser eloqüentes, si vosotros permanecéis siempre pecadores? ¿Qué fruto sacaremos de vuestras alabanzas, si vosotros no le sacáis de nuestras instrucciones? Nuestra gloria consiste en establecer el reyno de Dios en vuestros corazones; vuestras lágrimas solamente pueden elogiarnos mucho mejor que vuestros aplausos; y nosotros no queremos mas corona que á vosotros mismos, y vuestra salud eterna. *Amen.*



SERMON  
PARA EL LUNES  
DE LA PRIMERA SEMANA  
DE QUARESMA.

SOBRE LA VERDAD DE OTRA  
VIDA ETERNA.

*Ibunt hi in supplicium aeternum, justi autem in vitam aeternam.*

Estos irán á un eterno suplicio, y los Justos á la vida eterna. *Matth. 25. v. 46.*

VEd aqui, Católicos, en lo que vendrán á parar por último los deseos, las esperanzas, los consejos y las empresas de los hombres. Ved aqui finalmente el termino de las vanas reflexiones de los Sabios, y de los entendimientos rebeldes; de las dudas é incertidumbres eternas de los incredulos; de los vastos proyectos de los Conquistadores; de los monumentos de la gloria humana; de los cuidados de la ambicion; de